

Unión con el Destino Manifiesto

- 10-1V-91
- ★ Convicción de que Están en lo Justo... Como en 1847
 - ★ Altísimo Costo si no Entendemos su Visión del Mundo
 - ★ Integración a una Gran Economía, a un Pueblo Elegido

LORENZO MEYER

Si todo sale como lo desean los gobiernos presididos respectivamente por George Bush y Carlos Salinas, la vieja queja de: "Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos" quizá ya no tendrá razón de ser. Con el Tratado de Libre Comercio (TLC) y todo lo que éste significa, los mexicanos vamos a tener la oportunidad de decir: "Afortunado México, tan cerca de Estados Unidos, y, por ello, tan cerca de Dios", al menos eso es lo que se desprende de la concepción que los gobernantes y el pueblo estadounidense han tenido de su relación con Dios y con el resto del mundo desde su independencia hasta la actualidad.

De acuerdo con una noticia difundida por la prensa, el Presidente George Bush proclamó tres días de la semana pasada (5, 6 y 7 de abril) como días nacionales de "acción de gracias" por la victoria de su país en el Golfo Pérsico. Al anunciar esa decisión, el Presidente Bush declaró: "Ahora (que) ha concluido la liberación de Kuwait... es justo que agradezcamos a Dios por su gran bendición y guía..."

UNION CON EL DESTINO MANIFIESTO

Signo de la primera plana

De esa sencilla declaración presidencial se desprende que su autor considera que fue el propio Dios quien bendijo y guió las victoriosas acciones de los soldados norteamericanos y de sus aliados en el combate contra las inmóviles tropas iraquíes, torpemente comandadas por Saddam Hussein. Este tipo de perspectiva sobre los resultados de una guerra no es fácil de comprender para un mexicano, pero más vale que vayamos haciendo el esfuerzo de entenderla, pues ahora que los neoliberales en el poder nos llevan por el fast track de la historia rumbo a la integración con una economía 30 veces mayor que la nuestra, es de capital importancia conocer la visión del mundo que guía la política norteamericana, pues si nuestros vecinos del norte pudieran darse el lujo de no entendernos bien, nosotros no podemos hacer lo mismo sin pasar un altísimo costo.

En nuestra relación con Estados Unidos nos la hemos tenido que ver no sólo con una gran potencia —cosa ya de por sí difícil y peligrosa—, sino también con un pueblo profundamente religioso y que desde hace más de doscientos años se considera a sí mismo, ni más ni menos, que seleccionado por la Providencia para servir de ejemplo y guía al resto del mundo. De ahí que generalmente las grandes acciones norteamericanas sobre otros pueblos, incluso las que resultan en la muerte de miles de personas, siempre se han con la convicción y seguridad de que se está en lo justo. Así sucedió con

nosotros en el pasado —1847, 1914— y así puede volver a suceder.

*

En México, Dios y la política no siempre han estado separados; don Miguel Hidalgo, por ejemplo, inició la guerra de Independencia como una supuesta defensa de la verdadera fe contra sus enemigos; a mediados del siglo pasado, los conservadores dijeron luchar contra los liberales en defensa de la religión (y los fueros); en los años veinte y treinta de este siglo los cristeros estuvieron dispuestos al supremo sacrificio en defensa de "Cristo Rey". Es más, el guadalupanismo bien pudo haber sido la base para hacer suponer a los mexicanos que debía considerarse también un pueblo elegido como consecuencia del "milagro del Tepeyac". Sin embargo, los muchos descalabros que surgieron desde el principio y a lo largo de nuestro desarrollo histórico independiente, evitaron que cayéramos en esa tentación. Pero sí en el pasado se intentó mezclar religión y destino o proyecto nacional, en la actualidad y hasta el momento, la relación entre los mexicanos y la divinidad es vista por la mayoría como un asunto individual y que poco o nada tiene que ver con la triste realidad política nacional. En contraste, al norte del Bravo la voluntad de Dios y el destino nacional se consideran unidos, como se veía en el momento de la acción del Presidente Bush al proclamar la "acción de gracias" sino en numerosas referencias que hizo Dios a

lo largo de todo el conflicto del Golfo Pérsico y que no fueron más que continuación de una actitud adoptada por los padres fundadores de esa nación. Nosotros debemos, por tanto, tratar de entender esa manera de ver el mundo de nuestros futuros socios mayoritarios en el gran mercado de la América del Norte, para actuar en consecuencia en defensa de nuestro interés nacional. Según se desprende de un estudio recientemente publicado por Garry Willis, de cada diez norteamericanos nueve nunca han dudado de la existencia de Dios, ocho están seguros de que los milagros se producen en el más acá y que a su muerte serán llamados a un juicio en el más allá, siete consideran que efectivamente hay vida después de la muerte, cinco están seguros de que los ángeles existen y tres opinan lo mismo en relación a los demonios. Si en Francia apenas 12% de la población asiste semanalmente a la Iglesia y en Inglaterra sólo lo hace 14%, en Estados Unidos la proporción es de 40%. En realidad, únicamente en Malta se encuentra un país que dé más importancia a Dios en su vida cotidiana, incluida la política.

Como en México, en Estados Unidos la empresa de la colonización tuvo un fuerte acento religioso. Sin embargo, tras la independencia y a diferencia de México, en el país vecino del norte se desarrolló con gran vigor una especie de mercado libre de iglesias y, por tanto, nunca se dio el monopolio de una iglesia

como fue nuestro caso, ni tuvo lugar un choque violento entre una Iglesia dominante con el Estado, sino todo lo contrario: la colaboración entre ambos.

Probablemente, la competencia entre protestantes y católicos, pero sobre todo, entre las numerosas sectas protestantes —que hoy agrupan a las tres cuartas partes de todos los creyentes estadounidenses—, sirvió como un especie de control de calidad, y mantuvo la vitalidad de la religión. En cualquier caso, el éxito internacional de Estados Unidos como país, se combinó bien con uno de los dogmas centrales de los protestantes —especialmente de los calvinistas— y que es la predestinación. Desde esta perspectiva —y cuyas consecuencias sociales examinó magistralmente Max Weber—, resulta que el éxito económico, material, individual y colectivo, es el signo exterior por excelencia para saber en este mundo quién ha sido elegido por Dios para salvarse y disfrutar de su compañía en el otro mundo, pues Dios marca con el éxito a los suyos y con el fracaso a los que de antemano ya condenó. Así pues, resulta que la gloria y el infierno se inician aquí, en la tierra, para continuar en el otro por toda la eternidad.

La victoria sobre Saddam Hussein y su desdichado ejército, así como la victoria incruenta sobre la Unión Soviética en la "Guerra Fría", han servido para reafirmar actualmente entre los estadounidenses la idea de su predestinación por voluntad divina, como an-

tes sirvieron para lo mismo las victorias sobre los ingleses en el siglo XVIII, sobre los mexicanos y españoles en el XIX, y sobre los alemanes, japoneses e italianos en la primera mitad del XX. En esta cadena, Vietnam no viene a ser más que una excepción que confirma la regla: por tanto resulta absolutamente natural que el Presidente Bush haya decidido dedicar tres días a dar gracias públicas a la Divinidad por reafirmar en los desiertos árabes a Estados Unidos como una nación elegida.

Fue el finado historiador José Fuentes Mares, uno de quienes mejor ahondaron en el terrible significado que para México ha tenido la idea de que Estados Unidos es un pueblo cuyas acciones han recibido, de antemano, la aprobación de la divinidad. Dios, nos dice Fuentes Mares en su *Genealogía del expansionismo estadounidense* (1980), fue visto por los estadounidenses desde el principio de su historia como un aliado político natural, al punto que poco ha faltado para que alguien pueda llegar a suponer "que Dios existe *Ad Maiorem Americanorum Gloriam*". Y tan optimista visión no ha sido, ni entonces ni ahora, exclusiva de las élites, sino que es ampliamente compartida por el grueso del pueblo. Así pues, a cada nueva victoria política estadounidense y sobre todo, militar, le ha correspondido una reafirmación y, quizá, un acentuamiento de la idea de su excepcionalidad. El Presidente Bush dijo múltiples veces que la lucha en el Golfo Pérsico había sido por la libertad. Bueno, en su mensaje de despedida el presidente Andrew Jackson aseguró en 1836 "La Providencia ha escogido al pueblo americano como guardián de la libertad, para que la preserve en beneficio del género humano". En 1845, en visperas de la guerra con México, un periodista del Partido Demócrata, acuñó la frase que resumió a la perfección la idea de Dios y el destino de Estados Unidos, la frase —que extendiéndola del hemisferio occidental al globo en su conjunto puede hoy servir para explicar algunos de los resortes que mueven a la política exterior estadounidense— fue la del "destino manifiesto". Ese término nació en el contexto de una denuncia contra ciertas naciones europeas que pretendían: "obstaculizar nuestro poder, limitar nuestra grandeza e interferir con el cumplimiento de nuestro destino manifiesto, que es el de extendernos sobre este continente que la Providencia ha dispuesto para que sobre él se desarrollen y multiple libremente nuestro

pueblo". Según ese punto de vista, fue el mismo Dios que hace poco decidió la derrota iraquí, el que ya había decidido en 1845 que Texas, California, Nuevo México, Utah, Nevada, Arizona y parte de Colorado tenían que ser norteamericanas.

Al finalizar el siglo pasado, el presidente William McKinley, de acuerdo a que lo dijo a un grupo de ministros religiosos que le visitó en la Casa Blanca, no sabía que hacer con las Filipinas tras haberse las arrebatado a España. Tratando de resolver tan delicado asunto, el presidente se pasó en vela varias noches que aprovechó para pedir a Dios que le iluminara; finalmente, una noche, de pronto, le llegó la inspiración divina en forma de un proyecto político completo: no podía abandonar a las Filipinas a las voraces potencias imperiales europeas tampoco dejarlas a los propios filipinos, pues el resultado sería la anarquía por tanto, la única solución era "tomarlas nosotros para educar a los filipinos, elevarlos a un plano superior, civilizarlos y cristianizarlos, y por la gracia de Dios, hacer con ellos lo mejor que nos fuera posible, pues eran nuestros semejantes y Cristo también había muerto por ellos. Después de tomar esa decisión me fui a acostar y dormir muy bien". Desafortunadamente, ese mismo mes de los llegó a los más interesados —a los filipinos—, que en 1899 se insurreccionaron al mando de Emilio Aguinaldo y fue necesario hacerles entender por la fuerza que debían aceptar el dominio estadounidense.

En fin, los ejemplos de cómo los líderes —y el pueblo— estadounidenses han visto su desarrollo histórico escrito por el dedo de Dios, se pueden multiplicar. Sin embargo, lo importante ahora y en el futuro, es tener en cuenta esa peculiar visión de Dios y de la política que domina en Estados Unidos, pues si se firma y se cumple el TLC, México se va a ligar de manera ineludible no sólo a la mayor potencia militar y comercial de finales de este siglo, sino también a una que tiene la seguridad de tener invariablemente a Dios de su lado, y semejante experiencia no la habíamos tenido desde que España soluzgo a sangre y fuego y en nombre de Dios a los habitantes de estas tierras.

Y para concluir, una hipótesis: quizá es por un razonamiento similar al aquí expuesto, que el gobierno mexicano se apresta a establecer relaciones con el Vaticano para no estar en desventaja frente a un país con tan buenas relaciones con el Altísimo.